

¿A dónde va la Universidad?

ROGER BARTRA

La UNAM ha vivido durante decenios la áspera confrontación de dos conglomerados de fuerzas: el populismo y el autoritarismo. Al iniciar el siglo XXI estos dos bloques han comenzado una lenta decadencia, pero están preparados para continuar en un congreso universitario su tradicional querrela por la universidad. Sin embargo, hay que señalar que, durante los últimos años, ha ido creciendo un conjunto de espacios universitarios que parecen escapar de la fuerza gravitatoria de la disputa tradicional y de sus polos. Se trata de nuevos espacios, de diversos signos ideológicos, de estudiantes, profesores e investigadores que están hartos de vivir sometidos bajo los usos y costumbres tradicionales. Se trata de grandes grupos de universitarios, poco o nada organizados, que están (estamos) más interesados en los contenidos de la educación que en la rígida formalidad hiperpolitizada a que ha estado sometida.

Esas nuevas corrientes tienen como prioridad la elevación del nivel académico, aunque predomina la idea de que para lograrlo es preciso iniciar una reforma, no de las instancias de abajo, sino de los niveles más altos: la universidad no podrá avanzar si los puestos de dirección, de influencia y de poder se encuentran en manos de universitarios mediocres o neutralizados por las presiones burocráticas. ¿Qué hacer ante esta situación? ¿Proponer un retorno a los simulacros de excelencia humanista totalizante y de arrogancia racionalista? ¿Regresar al reparto del poder académico en función de tradicionales ceremonias y ritos? ¿Cerrar los claustros académicos para frenar la masificación y evitar la posmodernidad? No creo que debamos retroceder. No creo que siquiera sea posible. Pero tampoco

creo que la vía de salida sea la tecnocratización de las prácticas académicas, la entronización de la burocracia y el reinado del eficientismo. En cierta forma, estamos atrapados entre el maltrecho modelo tradicional y el esquema tecnocrático. Me parece que la salida no será hacia el encuentro de otro principio integrador totalizante, del cual se desprenda una nueva jerarquización académica. Creo necesario aceptar la heterogeneidad del conocimiento y encontrar diferentes polos aglutinadores que, en nuestra circunstancia concreta, puedan conformar verdaderos centros de irradiación de conocimientos, de ideas y de estímulos.

Me parece que las funciones de organización, coordinación, decisión y dirección deben ser *funciones de servicio* y dejar de ser *funciones políticas*. Es preciso iniciar una desburocratización de la UNAM, de manera que los funcionarios se pongan al servicio de los académicos y no a la inversa. Elevar las exigencias académicas no debe depender principalmente de la imposición de cuotas ni de mecanismos selectivos que disminuyan los flujos de ingreso de estudiantes. La superación del nivel académico debe efectuarse desde el interior de la cátedra y no desde la administración. Esto no quiere decir que las nuevas condiciones dejen a un lado la transformación del sistema universitario de gobierno: será necesario ampliar la representatividad del Consejo Universitario y fortalecer las instancias de coordinación académica, cambiar las funciones de la Junta de Gobierno, ampliarla o, incluso, eliminarla para dar paso a un comité más independiente.

Es deseable que todos los sectores de la UNAM se encuentren *democráticamente* representados en un Consejo

Universitario compuesto por universitarios *electos* por sus respectivas comunidades, de acuerdo con una nueva proporcionalidad que aumente la participación de profesores, estudiantes e investigadores, y reduzca el peso de los funcionarios. Parece asimismo conveniente que deje de ser prerrogativa del rector y de la Junta de Gobierno elegir directores, para permitir que sea el personal académico de cada institución el que los designe. Estas u otras reformas serán bienvenidas y contribuirán a solucionar muchos problemas. Pero ellas mismas no garantizan la extinción de los mecanismos de la *mediocracia* tradicional; puede ocurrir simplemente que pasen a reproducirse, por decirlo así, democrática y no autoritariamente. La nueva situación requerirá algo más que la democratización de las formas de elegir las autoridades.

La universidad, si quiere sobrevivir mereciendo ese nombre, deberá fundar los cambios en contenidos que auspicien el más alto nivel intelectual y académico. Será necesario equilibrar y distribuir las fuerzas y los recursos de manera que sean los centros de más alto nivel los que se conviertan en la columna vertebral de la universidad. En mi utopía para los tiempos venideros, imagino que los universitarios llegamos a jerarquizar los problemas de un modo radicalmente nuevo. Quisiera dar unos pocos ejemplos al respecto. Me temo que, en un futuro congreso universitario, despertará muchas más pasiones, enconos y disputas la decisión sobre las formas de elegir a directores y coordinadores que una propuesta de reforma para modernizar radicalmente el sistema de bibliotecas. Algo tan evidente como crear la gran biblioteca central, aglutinando las decenas de bibliotecas dispersas en facultades, institutos o centros, significa dotar a la universidad de un inmenso cerebro al que podrían tener acceso miles y miles de estudiosos. Hemos escuchado durante decenios los cacareos eficientistas de la burocracia académica, pero no he oído nunca que propongan la creación de una inmensa biblioteca, a imagen y semejanza de tantas bibliotecas que se han convertido en el corazón de las grandes universidades. No debemos olvidar que la UNAM alberga nada menos que la Biblioteca Nacional, que se encuentra estancada debido a un absurdo diferendo con la burocracia gubernamental.

Un proceso similar de parcelación y redistribución de poderes ha llevado a que la UNAM carezca de una editorial normal, de alto nivel, eficiente y competitiva. En lugar de ello, tenemos decenas de changarritos publicadores, sometidos a las presiones e intrigas de cada espacio académico. No podemos desconocer el inmenso y decisivo papel edu-

cador que tienen las editoriales no comerciales (como el Fondo de Cultura Económica). Pero dudo que, a pesar de la enorme trascendencia que tendría la creación de una gran editorial universitaria, una propuesta en ese sentido conmueva a fondo al congreso universitario (en caso de que llegue). ¿Apasionaría a los grupos políticos de la UNAM una propuesta de crear una gran Facultad de las Artes, donde se reuniesen los estudios de música, cine, artes plásticas y teatro? ¿O discutir la posible creación de una Coordinación de Altos Estudios para la Investigación, en lugar de esa dualidad caduca que reparte las funciones según sean "humanísticas" o "científicas"?

Puedo desde ahora anticipar los reproches a estas inquietudes: bibliotecas gigantescas, grandes editoriales, altos estudios... Veleidades elitistas que olvidarían las miserias de un país sumido en el atraso, los grandes problemas nacionales, la globalización, la educación pública popular, etcétera. Es posible imaginar los viejos argumentos según los cuales, en otra dimensión, antes de acceder a la democracia política, México debía primero resolver sus problemas de desarrollo social y económico. Paralelamente, se creía que, antes de alcanzar una educación superior consistente y de alto nivel científico e intelectual, era necesaria una universidad dedicada a resolver los más elementales problemas del país —como la pobreza extrema, la dependencia y la marginación— y dirigida a educar masivamente, de la manera menos precaria posible, al pueblo. Bajo ese signo se abrió hace treinta años el ciclo que ahora parece cerrarse. Pero ahora sabemos que el país necesitaba urgentemente la democracia política, y que el retraso de su llegada ha provocado inmensos daños. El equivalente a la democracia, en la Universidad, es la libertad de volar por las regiones más elevadas, aunque no siempre transparentes, del espíritu.

La Universidad ha terminado el ciclo caracterizado por el predominio de la enseñanza masiva, el populismo académico autoritario y los fantasmas del 68. Esa etapa se inició en los años setentas, durante el sexenio de Luis Echeverría, y se ha extendido a lo largo de treinta años. Se inició y terminó con dramáticos enfrentamientos; comenzó y finalizó con sendas huelgas, una de trabajadores y otra de estudiantes. Yo creo que, para vislumbrar el futuro universitario, así sea en forma muy borrosa, debemos abandonar las proyecciones realizadas a partir de este modelo, el de una academia autoritaria masificada, cuyo ciclo culminó con la más grave crisis por la que haya atravesado

la UNAM, y que la paralizó durante diez meses. Sean cuales fuesen las virtudes y los defectos de ese ciclo, sus principales rasgos están dejando de operar u operan de manera sumamente defectuosa. Quiero exponer breve y sintéticamente algunos de ellos, para explorar las nuevas alternativas y tendencias.

La sociedad, especialmente desde 1968, penetró con fuerza los espacios culturales e influyó en la conformación de una inmensa masa cultural que gira en torno de los espacios universitarios o se encuentra en el interior de ellos; éstos, más que torres de marfil, son como fortalezas: enormes conglomerados de fuerza burocrática y política. Forman parte de un auténtico cuarto poder compuesto, además, por la prensa, la televisión, las escuelas, el cine, los hospitales, las editoriales y los colegios o academias que agrupan el trabajo intelectual en cuerpos organizados. No debe extrañarnos que las universidades se asemejen a otras instancias del poder estatal, en donde campean la ineficiencia, la corrupción, el gigantismo, la ambición y la burocracia. Pero las universidades no sólo son similares al Estado paternal que las acoge en sus brazos; se parecen también —gracias a su crecimiento desorbitado y a la masificación— a su madre patria, la sociedad civil. Con todos sus defectos y cualidades, la sociedad ha invadido los espacios académicos; en las universidades no sólo se estudia: las tolveneras de la vida social contaminan la vida académica en forma constante. Por eso se decía que la universidad era el espejo de la sociedad mexicana.

Así pues, Estado y sociedad penetraron los espacios académicos, para bien y para mal. La dinámica estatista fue ganando terreno durante los años que siguieron al 68. Su manifestación más irracional puede observarse en la forma en que los espacios académicos han ido retrocediendo ante las funciones administrativas. Hoy en día la Universidad no sólo se encuentra dominada por una cúpula estrecha y poco representativa —la Junta de Gobierno y el Consejo Universitario—, pues además en su seno se ha formado una casta burocrática que ha ido adueñándose paulatinamente de los espacios académicos. Una aplastante mole de funcionarios, de administradores, de planificadores, de empleados de confianza y de burócratas ahoga con su peso a los profesores y a los investigadores, y se arroga arbitrariamente la función de decidir la forma en que han de insertarse en la vida académica miles de estudiantes universitarios. Esta burocracia universitaria se cohesiona gracias a la creciente y pegajosa cultura política priista que ha sido derrotada en las elecciones del 2000. Es claro que el auto-



ritarismo no es sólo una tradición profesoral reaccionaria; hay un nuevo autoritarismo que reúne el añejo *magister dixit* con una poderosa estructura burocrática y tecnocrática. De ella emanó el plan de una contrarreforma universitaria que fue el detonador de la crisis de 1999.

La situación que he descrito ha cambiado, pues ha cesado de operar eficientemente el paternalismo gubernamental y la sociedad se ha ido democratizando paulatinamente. Ahora el territorio universitario ya no puede pretender ser más libre y democrático que la sociedad que lo rodea. Esto quiere decir que se está iniciando una inversión. Ahora se han acentuado las exigencias de que la Universidad penetre a la sociedad y, de ser un espejo, se convierta en un foco activo que tome la iniciativa en los procesos que animan la vida social. El proceso de fragmentación de campus y espacios universitarios responde a esta tendencia. Es evidente —conviene agregar— que, en las nuevas condiciones, el sentido tradicional de la autonomía comienza a modificarse. La función principal de la autonomía es cada vez menos la de preservar un territorio más libre y democrático, para alojar y alimentar allí las fuerzas que en la sociedad no pueden crecer y desarrollarse. Si la sociedad empieza a ser más dinámica y creativa que la Universidad, en ese caso la autonomía puede convertirse en una barrera que conserve a esta última como un reservorio de viejas prácticas académicas ya marchitas.

Si la Universidad va dejando de ser un espacio determinado por los usos y costumbres de una academia autoritaria

y populista, burocratizada y anquilosada, en ese caso irá adquiriendo necesariamente una nueva plasticidad. Esos usos y costumbres han girado durante tres décadas en torno a la configuración de espacios de poder y a la regulación de los vínculos que unen a la academia con la sociedad o el gobierno. Por ello, los ejes de los conflictos se han referido a los mecanismos de admisión, el pago de cuotas, la organización sindical y estudiantil de los universitarios y la intervención del gobierno en el nombramiento de autoridades. Fueron marginados los temas sustantivos sobre los contenidos mismos de la educación y la investigación, sobre la calidad y la orientación de los estudios. Un enorme cascarón de poder burocrático envolvió a la Universidad y sofocó la ebullición de las ideas. Hoy en día la profunda crisis nos obliga a buscar formas flexibles que doten el tejido universitario de una plasticidad capaz de inducir a la administración a adaptarse a las nuevas ideas, a las innovaciones tecnológicas y científicas y, en suma, al siglo XXI.

Esta plasticidad significa una apertura a nuevas tendencias y a cambios: pone en un lugar destacado de la agenda un tema espinoso y que suele ser evadido: el problema de la mediocridad académica. Con el fin de sintetizar, y a riesgo de simplificar, quiero poner aquí un ejemplo jocoso para ilustrar la forma en que opera el viejo modelo de Universidad: mi amigo Sergio de la Peña, fallecido hace poco, ante la precariedad intelectual de la UNAM, nos consolaba con su curiosa teoría sobre el necesario equilibrio entre mediocridad y creatividad. En la Universidad —decía Sergio de la Peña—, hay una mayoría mediocre que trabaja poco y que constituye aproximadamente 80% del conjunto. Si el 20% creativo que más produce lucha con excesivo ahínco para expandirse, inevitablemente la mayoría se sentirá amenazada y reducirá al grupo minoritario a su mínima expresión. Por tanto, decía, más vale mantener el equilibrio en una prudente relación de 5 a 1. Era su manera de aplicar la geometría de la sección áurea a la conflictiva Universidad y de describir algunos de los usos y costumbres de la academia tradicional.

El peculiar equilibrio descrito de manera irónica preserva la existencia relativamente autónoma de un espacio masivo donde coexisten con cierta calma, rota de vez en vez, casi todas las tendencias, fuerzas, vicios e ideas de la sociedad. El equilibrio conserva y protege la estructura de poder típica del autoritarismo académico populista. Este equilibrio se ha roto, o se halla muy maltrecho, y ello ocasiona una extraña combinación de consecuencias afortunadas y desastrosas. Estas últimas son el resurgimiento con

gran fuerza de varios movimientos restauradores que quieren volver al *status quo ante*. Pero también se han abierto nuevas posibilidades, pues si ahora la Universidad se ve obligada a abrir sus puertas, no es sólo para dejar que entren masas de estudiantes, sino también para salir ella misma y enfrentarse a la nueva sociedad que ha estado creciendo a su alrededor. Pero no será una buena salida si aparece, en el nuevo escenario y ante un nuevo público, con el viejo disfraz y la máscara ya gastada del atraso y la mediocridad. La toga y el birrete del autoritarismo mediocrático y populista serían el hazmerreír de una sociedad que ya ha elevado sus exigencias.

El ciclo dominado por el populismo académico autoritario ha terminado. Pero no ha comenzado aún la nueva época. Es probable que el final del sistema autoritario a escala nacional, con la derrota electoral del PRI, acelere la transición. Pero los obstáculos son enormes y provienen principalmente de las fuerzas que se han disputado la UNAM durante treinta años: los administradores duros protegidos por los poderes federales, la vieja izquierda que descende del ya remoto 68, los caudillos conservadores, los tecnócratas, la ramificada pero ineficiente burocracia, etcétera.

Estas fuerzas se han dividido y han escenificado una gran disputa por la Universidad. En primer lugar, una parte de estas fuerzas se aglutinó para, a tono con la tecnocracia gubernamental, imponer arbitrariamente en la UNAM la grotesca versión académica de una política de aranceles, precios y controles. Desde 1986 estas fuerzas han insistido tercamente en su proyecto, y con ello han provocado enormes tensiones que han paralizado a la Universidad en varias ocasiones. Tal proyecto, aunque acorazado por una dura cáscara eficientista, ha mostrado que contiene poca sustancia. Además, no ha logrado implantarse por otra razón relativamente sencilla: es muy difícil eliminar los aspectos populistas de la enseñanza sin al mismo tiempo sustituir el autoritarismo. Populismo y autoritarismo son dos caras de la misma moneda. La estructura autoritaria creció bajo la sombra protectora de la masificación, y su mediocridad congénita es fruto de una serie de componendas populistas.

Por otro lado, las fuerzas que tomaron su aliento e inspiración del 68 y que se expandieron con cierta frescura y originalidad durante los años setentas y ochentas, han terminado por anquilosarse. Muchos académicos reformistas acabaron en la amargura dogmática, los trabajadores democráticos abrieron paso a un sindicalismo atrasado y la imaginación estudiantil terminó en un descomunal berrinche fundamentalista. ♦